

PREMIO LA BICICLETA

EN CUENTO Y GRAFICA

Resultados del Concurso convocado por *La Bicicleta*

Cuando fraguamos la idea de instituir un *Premio La Bicicleta*, ampliando la experiencia de nuestro concurso de poesía y fotografía del año 79 a las áreas del cuento y la gráfica, fundándonos en esa experiencia anterior esperábamos una respuesta importante en calidad y cantidad.

Es cierto que los estímulos no parecían excesivos: la publicación en la revista de los trabajos premiados y la suscripción a ésta por el plazo de un año. Sin embargo, la acogida superó nuestras expectativas. La publicación en *La Bicicleta* obró como interés suficiente.

Nuestra intención era la premiación de hasta seis trabajos en cada género, para ir entregándolos en las ediciones sucesivas de la revista. El jurado literario juzgó necesario ampliar esta premiación y otorgar lo que a instancias de él denominamos *Gran Premio La Bicicleta*, destacando así un trabajo que le pareció sobresaliente: *Lentamente*, cuento de Carlos Smith, con el que iniciamos la entrega de los trabajos premiados.

A LOS SOBRES

A la hora de abrir los sobres sellados y conocer las identidades de los creadores, fuimos de sorpresa en sorpresa, balanceándonos en el péndulo por lugares físicos y vitales distantes y disímiles. Así fueron apareciendo dos cuentistas en el exilio, demostrándose una vez más la escindida realidad de la cultura chilena: Smith habita la lejana Suecia y Juan Armando Epple enseña y hace literatura desde Oregon, en una universidad norteamericana. El primero, sin embargo, parece escribir desde acá, dejando recreada en su cuento con una pulsión interna magistral la realidad familiar pequeñoburguesa. Epple da cuenta sintéticamente del desarraigo cotidiano en el exilio, sin requerir para ello más que de un corto diálogo perfectamente enhebrado.

Aparecieron también tres escritores jóve-

nes y desconocidos. Desde las provincias, dos de ellos, ingresan a la literatura con tres cuentos notables, llenos de vitalidad o misterio.

Y aparecieron también dos escritores más experimentados: Mariana Callejas, esposa de Michael Townley, y el escritor Jorge Soza Egaña, detenido en 1980 y luego confinado en Freirina, acusado de subvertir la seguridad nacional.

El cuento de Mariana Callejas narra —en un lenguaje al uso, con el que coexistimos por la vía del cine, la televisión y ciertas publicaciones: el inglés traducido al español— la muerte de un negro vagabundo en Nueva York. Jorge Soza transmite en su relato las circunstancias equívocas de una crisis de identidad más bien inducida que buscada.

LA GRAFICA

El *Premio* en gráfica también recoge las propuestas de artistas plásticos de dentro y de fuera. Impresiona ver como éstos convierten su exilio en materia prima de su creación. Desde los títulos: *Me puse mi casa para salir a dar una vuelta*; *Vuelve el latinoamericano a lo suyo y empieza a entender muchas cosas...*

El jurado estuvo convencido de tener en mano cinco obras premiables, optando por mencionar a aquéllas que no concitando la unanimidad, interesaban.

Esperamos que los cuentos y la gráfica les hablen por sí mismos. En Chile, y en el Chile disperso por el mundo, resonarán estos trabajos de quienes estimaron a *La Bicicleta* un medio digno para hacer pública su creación. Para todos ellos, para la enorme cantidad de concursantes que así lo entendieron, para los jurados que desinteresadamente revisaron los trabajos, nuestros agradecimientos. Para todos ustedes, nuestros lectores, los productos de la creación incesante de una cultura viva, merecedora del *Premio La Bicicleta* y de muchos premios más que casi siempre la sociedad escatima.



« Me puse mi casa para salir a dar una vuelta »

César Olhagaray nació en Santiago en 1951. Estudió Arquitectura, Danza y Música. En Alemania, donde vive, estudió además Artes Plásticas. Es autor de numerosos murales en edificios públicos en Chile y Alemania, donde junto con exponer su trabajo plástico, realiza en estos momentos una película

CREACIO

JURADO CONCURSO DE CUENTO

Jorge Edwards, escritor

Marco Antonio de la Parra, escritor

Martín Cerda, crítico literario

Antonio de la Fuente, Jefe de Redacción de *La Bicicleta*

GRAN PREMIO LA BICICLETA

"Lentamente"

Carlos Smith Saravia, Estocolmo, Suecia

PREMIOS LA BICICLETA

"Ratón"

"Un día atrás"

"Nidos de antaño"

"Jess Abraham Jones"

"El Circo"

"¿Es usted X?"

Luis Alberto Cociña, Concepción

Miguel Loyola, Santiago

Juan Armando Epple, Oregon, USA.

Mariana Callejas, Santiago

César Castillo Bozo, Rancagua

Jorge Soza Egaña, Freirina

LENTAMENTE

carlos smith saravia

El día que cumplió cuatro años, Teresita, sus apreciados y queridos y adorados padres le regalaban un silabario Hispanoamericano para que usted mi palomita tierna aprenda a leer, y un piano nuevo, espléndido, descomunal, de esos con sordina contra reclamos vecinales, para que tocara a don Chopin, y un maravilloso juego de lápices de colores para dibujar y pintar gatos, perros, caballos, paisajes cordilleranos, y un par de zapatillitas de ballet importadas, de esas más que super y archi caras que se encargaban a la nortina ciudad de Arica a los amigos que asiduamente viajaban para allá a matutear, e hicieron una suculenta y bulluciosa fiestecita de celebración del cuarto onomástico de la hijita, e invitaron a todos los íntimos que había que agasajar, y la pasaron non plus ultra bailando, riéndose, parloteando, consumiendo todo lo etílico existente, apagando el reloj, mirando las fotos familiares, escuchando tangos de Carlitos, contando chistecillos pimentosos, relajándose, comiéndose hasta el pellejo del pavo, y la niñita hermosa, Teruquita, se acuarteló en su dormitorio para dormirse nomás, pero despertó cuando la despabilaron inesperadamente para que fuera a hacer unas graciécitas de chiquilina inteligente y despierta, para que fuera a mostrarle a los tíos, allí comiendo, sus increíbles aptitudes, sus dotes de artista; mas, aunque ella estaba solamente para ale-

targarse, le tocó bailar un mambo de Pérez Prado muy sonriente, recitarse tres poemas de Gabriela Mistral sin olvidarse, y de aperitivo le pidieron que cantara la Marsellesa de la cabeza a la cola por favor, y ella, talentosa, perspicaz, sutil, la cantó de punta a rabo sin equivocarse; entonces los tíos felicitaron a los progenitores, les palmotearon las espaldas, los adularon por los extraordinarios e impresionantes resultados obtenidos con la chica, y la señora y su marido y sus respectivos orgullos se envanecieron, se convencieron que el rolcito que habían tomado estaba siendo cumplido a las mil mariposas, que lo inicialmente incierto era ciertamente una verdad verdadera, que la heredera iba viento en popa, que no le habían errado a ninguno de los objetivos planificados, y dieron las gracias agradecidos por las loas y abrazos recibidos, se despidieron maquinalmente de los tíos y tías que se marchaban y se fueron como balas al cuarto de la Teruca que nuevamente se había acuartelado; la redespertaron con susurritos, acariciéndola, mi niña linda, preciosa, ojitos de su papá, y la mami, más que autodidácticamente, abrió el silabario regalado y le enterró las primeras letras en el cerebro a su tortolita, y que la "p" con la "a" es pa, la "t" con la "o" se lee to, que las cuatro juntas se leen pato, y que ya estaba matriculada en un curso de piano con un caballero muy simpático y buena persona

JURADO CONCURSO DE GRAFICA

Roser Bru, artista plástico

Eduardo Vilches, artista plástico

Milan Ivelic, profesor de Estética

Ignacio Reyes, Jefe de Arte de La Bicicleta

PREMIOS LA BICICLETA

"Me puse mi casa para salir
a dar una vuelta"

"Libre"

"Vuelve el latinoamericano
a lo suyo y empieza a
entender muchas cosas..."

(Homenaje a Alejandro
Carpentier)

"Sin título"

"Sueño con serpientes"

MENCIONES

"Amamantar" y "Abrazo"

"Camión y senos"

"El matrimonio"

César Olhagaray, Alemania
Omar Mella, Concepción

Guillermo Deisler, Plovdiv, Bulgaria
Manuel Torres Zagal, Santiago
Miguel Andrade, Concepción

Bárbara Martinoya, Santiago
Mario López Vieyra, Santiago
Marco Antonio Sepúlveda, Villa Alemana

llamado Contreras Iván, y los lápices se toman así mijita linda, eso es, así, si es muy fácil, y el próximo año va a entrar a un curso de danza mi paloma chiquitita, no importa que nos resulte caro, lo importante es que aprendas ballet, porque tú tienes muchísima gracia con tu cuerpo y las niñas hermosas tienen que aprender a bailar tesorito mío, y ahora que estás un año más grandecita vas a tener que ir a la escuela dominical, y para que vayas sabiendo lo que es el colegio vas a empezar en el jardín infantil con la tía Mimí; y la Tere-pequeñita sujetaba, sostenía sus párpados a fuerza de escuchar profecías y planes futuristas y prometedores, y decía que si papá, claro mamá, bueno, que bonito, y se quedó profundamente despierta cuando sus idolatrados se despidieron con el acostumbrado besito en la mejilla y le dijeron buenas noches, duerme bien.

A los ocho años ya sabía hablar francés como una francesa cualquiera, chapoteaba en el inglés sin haber leído en su vida ni los verbos, escribía sin errores ni dudas las composiciones que le daba su maestro, se paseaba por Chopin con soltura, destreza y sin complejos, sobre aquel monstruito negro y con pedales deambulaban sus deditos, atiborrándose de notas involuntarias, escaleando, bailando metódicamente todas las semanas, cada lunes practicaba, y la escuela dominical se transformó en una ineludible tradición obligatoria, era una de las

más puntuales, la más sensata, la mejorcita del coro, la más sobresaliente en el colegio; si hasta Hebert Reinaudo, su profesor de la primaria, la perseguía intranquilo, preocupado, inquieto, para aconsejarle que no estudiara tanto, para que le diera un poquito más de tiempo a las muñecas, para que ella, la Teresita Helena Melpómene, encontrara de cuando en vez a sus amigos; pero los amigos hacía bastante tiempo que se habían desanimado de la mocosita linda, habilosa, tierna, desvelos de su mamá, porque la encontraban flor de aburrida, algo así como que un poquitín insípida, muy para adentro, pesada, y ella, sin variaciones, increíblemente fiel a su rutina, le seguía dando al aprendizaje integral, a los consuetudinarios acuartelamientos en el dormitorio, a su oscuridad de nochebuena, e iba y venía según la llamaran o la ignoraran, total, entre ir y venir, todo era sí, sin modificaciones, sí papá, sí mamá, sí a lo que viniera, y los viejos que no entendían nunca, jamás, en ningún caso, y ahora presumían aún más de los asombrosos resultados por ellos obtenidos, del clavercito de hija que se gastaban, y la Teruquita, ensolidarizada, se inclinó, sin meditaciones previas, por los mariscos y encebollados picantes que le gustaban al papi, por el flan de sesos con salsa blanca y por los fritos de acelga que enloquecían a la mamá, por los boleros de Javier Solís que enternecían a sus creadores, y ya sabía, más o menos así como que por simpatía

hereditaria, lo que ellos iban a pensar antes de que lo pensarán, y claro, pensaba calcado, igualito pensaba.

Un domingo, cuando la señora abuela estaba almorzando como visita no esperada en la casa de los Melpómene, los guidores padres, inmodestos, fatuos, presumidos, le empezaron a contar a la visitante dama las innumerables gracias que la princesita bella podía hacer, lo responsable que era, lo cumplidora y juiciosa y madura que estaba, y la madre de la madre dijo hija de su madre tiene que ser y por supuesto que de su padre también, soltó unas lagrimillas emocionada, conmovida, chochita, levantó su espontánea ternera como pudo, se paró, abrazó zalamera a su nieta más querida que se estaba tragando, toda oídos, las lentejas domingueras, y al centímetro del tímpano prometió regalarle un microscopio grande, de esos con lamparita para mirar alas de moscas muertas, si seguía así, y la Helenita quiso, pensó decir algo, algo sobre lo que los del claustro pleno estaban conversando, pero la llevaron a un silencio de iglesia rural, a no dejarla expresar sus pensamientos; porque estas son conversaciones de adulto mijita linda, y los niños se tienen que dedicar a sus cosas de niño y nada más ¿lo entiendes, verdad? pero no te preocupes, ya te llegará la hora, y la Helena enanita siguió comiéndose el almuerzo respetuosamente, calladita, observando, escuchando a sus adorados que seguían dándole a la manivela con la abuelita Ingrid, informándole minuciosamente sobre la última maravilla que habían descubierto, sobre lo importante que era dejar que la criatura decidiera por sí misma, que en definitiva, se desarrollara sola; porque la Helenita no necesita que se anden preocupando de ella, porque la Helenita ya está grandecita, porque la Helenita es muy inteligente, porque la Helenita ha madurado más que mucho, porque la Helenita se las puede arreglar sin que la andemos controlando ni empujando ni castigando; aunque, a decir verdad, nunca la hemos sancionado, no, de ninguna manera, en efecto, en ningún caso; porque no ha habido necesidad ¿verdad?. Y la cachorrilla linda, ni triste ni alegre ni nada, se levantó silenciosamente sin molestar, se fue a la cocina lentamente sin saber, tomó todos los platos existentes con sus manitos de castaña sin pensar, lanzó retodita la loza al suelo sin mirar, sin observar el polen de platos que dejó; entonces la abuela gritó cómo, la mamita pensó corro, y el papi, moderado por oficio, reposado por tradición, manso, consecuente, no dijo ni agua va, barrió flemático la masacre de vajilla, sin reproches, silbando, y volvió sonriente a la mesa, a

la tertulia familiar.

Lentamente, sin saber ni cómo, se fue desinteresando por el piano. Ensayaba con desidia, las notas no entraban a través de sus ojitos marrones y de abeja. Las sonatas y preludios y nocturnos de don Federico le resultaban magistralmente indiferentes, con cierto gusto a agua. Y una tarde, cuando notó que las yemas de sus dedos se habían puesto transparentes como el cristal de su microscopio, se olvidó apaciblemente de tocar y de todas las oraciones e himnos que había aprendido durante cuatro años en la escuela dominical.

No fue nunca más a las leccioncitas de baile para niñas lindas ojitos de su papá; dormía nomás, se enclaustró en su dormitorio. El francés, su adorado idioma, ya no le daba ni para contar hasta diez, ni para decir "buenos días" le alcanzaba. Y el apetito se le fue escabullendo de poco a poquito, disimuladamente, y la Helenita Melpómene se empezó a enanizar, a descolorarse, a ponerse paliducha, a dejar de ser la más puntual, la mejorcita del coro, la primera del curso. Seguía durmiendo en su habitación acuartelada, y ya no eran solamente las yemas de sus dedos las que se transparentaban, los brazos también; así que cuando se miraba, la Helenucha, veía solamente la diáfana silueta de sus miembros superiores, que aunque no se veían muy bien aún estaban, y ella seguía igualmente estando; pero nadie lo notaba. Los boleros de Javier Solís le empezaron a resultar absolutamente desconocidos, lejanos, ajenos, inentendibles para sus oídos de tesorito mío, y los poemas de Gabriela Mistral desaparecieron de su memoria, y los sonrientes mambos de Pérez Prado se fueron diluyendo lentamente de sus músculos así como que por encanto. Y proseguía diciendo que sí, que sí, que bueno, hasta que un día no dijo nada, se quedó calladita nomás, silenciosa; pero decididamente nadie se percató.

A veces, por las noches, su organismo reaccionaba amnésico y se ponía de un color azul mediterráneo, un azul límpido, vacío, solitario; pero cuando el alba se colaba lentamente por sus poros, volvía a su cristalina realidad, a esas inmensas ganas de dormir incomunicada, hermética, como un ermitaño silencioso, casi inexistente ya, sordo. Y una mañana, cuando la mocosita hermosa, tierna, clavelcito de hija, desvelos de su mamá, fue al baño para lavar su enflaquecido e infantil cuerpecito, se dio cuenta, al mirarse en el espejo, que ya no estaba, que se había esfumado hacia lo invisible, hacia la nada, que se había desvanecido lentamente.